



CAPITULO XXI.

Los pequeños valientes.

AUNQUE Parrodi se apresuró á enviar á Guadalajara su mejor tropa de caballería, en muy mal estado por cierto, ésta llegó cuando había pasado el conflicto y entonces el resto de las fuerzas derrotadas en Salamanca y compuestas de piquetes de los cuerpos, como sucede en todo fracaso, pues al mal éxito suceden la falta de confianza y la deserción, esas fuerzas, decimos, se compusieron lo mejor que pudieron para hacer unos días después su entrada en Guadalajara, entrada que no estuvo ni aún pasadera, pues desde luego se echó de ver el estado lastimoso de la tropa, lo cual hizo que se cayeran las alas del corazón á los liberales.

De pronto Parrodi pareció acceder á los deseos de los Supremos Poderes para hacer una vigorosa resistencia en Guadalajara, hasta que fatigado un día de andar activando las fortificaciones que no activaba, pues lo que me-

nos se proponía en sus conversaciones era defender aquella plaza, se encaró con don Benito y le dijo:

—Señor Presidente: Osollos avanza con un ejército de cerca de ocho mil hombres con cuarenta piezas de artillería, nosotros apenas podremos completar unos dos mil hombres mal armados, y lo que es peor aún, sin entusiasmo para batirse, de manera que es preciso pensar en que la situación es difícil.

—Ya lo sé que es difícil, principalmente por la pobreza de recursos en que nos encontramos.

—Todavía hoy he mandado distribuir un octavo de haber, para mañana no hay un solo peso en las pagaduras.

—Ni en las cajas del Estado tampoco.

—¿Qué hacemos entonces?

—Defendernos hasta quemar el último cartucho. Me parece que es lo convenido.

—Eso me tocará á mí resolverlo como jefe militar de la plaza, pero lo que yo no quiero es que estén aquí los Supremos Poderes.

—Ya hemos hablado sobre el particular. Los militares de Jalisco opinan porque nos retiremos á Colima y que se defiendan los pasos de las barrancas, pero creo que no hay tiempo.

—Serían muy contados los soldados que me llegaran á Sayula, señor Presidente. Lo que yo tenga que hacer lo haré en Guadalajara.

—Voy á exponer la situación á mis compañeros y ellos resolverán.

Juárez habló con sus ministros, les dijo que Parrodi era un hombre al agua, que había que salvar los elementos que se pudiera, y salir aquella misma noche si no que-

rían ver repetidas las horribles escenas producidas por la defección de Landa.

—Pues que siga la peregrinación del gobierno! exclamó Prieto.

Juárez tornó á ver á Parrodi y le dijo:

—Saldremos esta noche, según los deseos de usted, señor general, y en prueba de la confianza que tenemos de su adhesión, queda usted nombrado ministro de la Guerra y general en jefe del Ejército Constitucional.

—Yo no puedo aceptar tal nombramiento, contestó Parrodi cambiando de color.

—No quiero imponerme de los motivos sino cuando usted se sirva contestar por escrito. ¿Defenderá usted la plaza?

—Yo cumpliré con mi deber.

—Está bien, general, nosotros partimos.

—Adios, señor Presidente.

Parrodi se quedó pensativo.

Su resolución estaba formada y no quiso confiarla á Juárez, murmurando únicamente para sí:

—Mi contestación á ese nombramiento, será la noticia que reciban Juárez y sus ministros de lo que voy á hacer.

Y aquellos hombres abnegados que se habían quedado hasta sin segunda camisa, pues las pocas que llevaban se las habían obsequiado los amigos, y llevando pocas monedas en los bolsillos, se pusieron en marcha con la bandera de la legalidad, para el Sur de Jalisco.

Antes y después de la salida de los Supremos Poderes de Guadalajara, salieron para el mismo rumbo los nacionales y los de línea, que habían oído que iba á haber capitulación, de manera que Parrodi sólo pudo entregar á

Osollos, por convenios, unos ochocientos hombres y unas veinte piezas de artillería.

Don Pedro Ogazón se había ido á establecer un gobierno ambulante en las poblaciones del Sur, y los Supremos Poderes se habían llevado al coronel Iniestra, tenido por uno de los más fieles, con unos cincuenta dragones regularmente montados y armados.

Con esta fuerza llegaron felizmente á Santa Ana Acatlán, pueblo que, como hemos dicho, está situado á unas quince leguas de Guadalajara y en el camino para Colima.

Fué un acontecimiento para el poblado de Santa Ana la llegada de los Supremos Poderes: todas las muchachas estaban en las ventanas, y Adrián vió pasar el cortejo en la puerta de la tienda, marcándose mucho la atención que tuvo de quitarse el sombrero respetuosamente cuando pasó Juárez.

Estaban apenas ocupando sus alojamientos Juárez y su comitiva, cuando llegó corriendo un muchacho á la tienda llevando una carta en la mano para el dependiente Adrián Canales.

—¿De quién es? le preguntó.

—De la señorita Refugio, contestó el muchacho.

El joven se apresuró á abrirla y á leer el contenido que era este:

«Querido Adrián:

Pedro montó á caballo, llegó á mi casa y le dijo muy quedo á mi padre que se iba á dar aviso á Landa, que está por aquí muy cerca, para que venga á coger á don Benito Juárez y á sus ministros. Te lo digo, porque sé que eres partidario de esos señores.»

No tenía firma la carta, pero Adrián conocía bien la

letra. Sin decir nada á nadie, se fajó su pistola, dejó encargada la tienda á otro dependiente que le ayudaba á despachar, atravesó la plaza y se fué recto á la casa en que se habían alojado Juárez y sus ministros. Allí estaban todas las autoridades, había también varios particulares de los principales del pueblo, y Adrián tomó la fisonomía de uno de tantos curiosos esperando una oportunidad de poder hablar á solas con el Presidente, oportunidad que no se presentaba.

—Cuando ya empezaba á devorarlo la impaciencia, acertó á pasar por el corredor el coronel Iniestra, á quien Adrián reconoció como jefe de la escolta, se le aproximó y le dijo respetuosamente:

—Señor coronel, desearía decir á usted dos palabras.

Iniestra iba á pasarse de largo, pero le llamó la atención la buena presencia del joven, así como su mirada inteligente, y deteniéndose un poco le contestó:

—¿Qué quieres? habla de prisa porque voy á ver cómo se han alojado mis soldados.

—Sobre ese punto precisamente quería hablar á usted, señor coronel. Lo mejor sería que se alojaran en la Parroquia y que ocuparan la torre de la iglesia.

—Es singular eso, ¿y por qué?

—Porque antes de media hora va á estar aquí el enemigo.

—¿El enemigo? Eso sí que es curioso, ¿pero cuál enemigo?

—Landa, el que se pronunció en Guadalajara, que está en una hacienda poco distante, y á quien ha ido á decirle una persona de aquí que venga á apoderarse otra vez de los Supremos Poderes.

Iniestra no podía comprender por qué se encontraba todavía Landa por aquellos alrededores; pero no lo juzgó imposible, y tuvo el buen sentido de detener al joven, diciéndole:

—Voy á ver á Juárez, espérame aquí.

Pocos minutos después fué llamado Adrián é introducido en una pieza aislada de la casa, en donde se encontró cara á cara con el mismísimo Presidente de la República. Se aturdió un poco, pero no tanto que no le dirigiera un saludo coqueto.

—Siéntese usted, joven, le dijo el Presidente.

—De ninguna manera, señor Presidente, estoy bien de pié.

—Iniestra me ha dicho.

—Aquí tiene usted esta carta, que es la que lo explica todo. Está escrita por una muchacha amiga mía en quien tengo plena confianza.

Juárez leyó la misteriosa carta. Cualquiera otro se hubiera demudado, pero él permaneció siempre tranquilo, contentándose con llevar la mano al bolsillo para buscar dinero con que gratificar al joven.

Adrián, que notó el movimiento, se apresuró á decir con toda llaneza:

—No vengo por interés ninguno, sino por patriotismo, y desde hoy en adelante seré uno de los defensores más modestos, pero de los más entusiastas del gobierno constitucionalista.

—¿Cómo se llama usted y qué quiere ser?

—Me llamo Adrián Canales, y quiero ser jefe de guerrilla en estos lugares que yo conozco mucho.

Juárez tomó nota, y en seguida llamó á Iniestra que estaba esperando en la pieza inmediata.

—Por conducto del señor Iniestra recibirá usted su autorización firmada por mí mismo. Puede usted retirarse, joven.

Iniestra agregó:

—Veáme usted dentro de media hora en la Parroquia.

El aviso de Adrián no sirvió para allegar elementos que no los había sino insignificantes en el pueblo; pero sí sirvió para que Landa no diera una sorpresa, como infaliblemente la habría dado, pues nadie había comunicado parte alguno que se encontrara en los alrededores.

Iniestra siguió el consejo del joven, ocupó la altura de la Parroquia y desde allí rechazó el primer ataque de Landa que no se hizo mucho esperar y que fué rudo, tenaz y vigoroso.

Pero los dragones de Iniestra eran aguerridos, estaban bien parapetados, y fué para ellos un juguete hacer fuego sobre un enemigo que se presentaba al descubierto, mientras tuvieron parque. Al cerrar la noche, avisaron á su jefe que las cartucheras habían quedado vacías.

Iniestra se dió varios tirones de la barba, porque no tenía repuesto de municiones.

Con trabajo consiguió, entre los vecinos, algunos cartuchos y luego se fué á ver á Juárez para decirle:

—Señor, necesita usted huír esta misma noche con los ministros, porque mañana nos atacará Landa con vigor. Allí se ve su campamento en el cerro inmediato.

Don Benito tenía los brazos cruzados, y respondió con toda calma:

—Propondré á los ministros que se alcjen.

—Y usted también, señor Presidente.

—Yo correré la suerte que usted y los soldados corran.

Eran las nueve de la noche. Los ministros entraron á la habitación del Presidente, llamados por Iniestra.

—Ya les habrá impuesto el señor Iniestra de la situación, les dijo.

—Dice que está agotado el parque, expuso Qcampo, y que es preciso que tomemos la huída, pero agrega que usted no quiere marchar, y en ese caso, tampoco nosotros. Nos defenderemos hasta morir.

Iniestra, muy violento, exclamó:

—Váyanse ustedes y yo sostengo su retirada. Es fuerza que alguno se sacrifique, pero no todos.

—Yo soy el jefe, dijo Juárez, y nunca se ha visto que un jefe abandone á sus defensores por salvarse.

—No es usted, no es su persona la que se salva, es el gobierno, es la legalidad, es nuestra bandera, dijo Iniestra con calor.

—Tiene razón el señor Iniestra, agregó Prieto, el que primero debe escapar es el Presidente, si acaso hemos de aspirar al triunfo de nuestra causa.

Los demás ministros expusieron lo mismo.

La discusión se había prolongado, y marcaba el reloj que había en la pared las diez de la noche.

En ese momento se anunció el joven Adrián Canales.

Fué recibido luego porque se creía que tendría noticias que comunicar al gobierno.

—¿Qué hay? preguntó Juárez.

—Señor, me he tomado la libertad de dictar medidas por mi cuenta para la salvación de los Supremos Poderes. Tengo conmigo ocho hombres montados y armados, de cuya lealtad puedo responder, resueltos á seguirme y

obedecerme: están ya á la espalda de la casa, en cuya tapia hemos practicado una horadación para que ustedes puedan salir por ella sin ser vistos, porque la entrada principal está vigilada. Soy de opinión que el señor Iniestra mande allí caballos, y por mi parte, me encargo de sacar al señor Presidente y sus ministros de la población y de escoltarlos hasta donde sea necesario.

Todos admiraron y aplaudieron el buen juicio y la decisión de Adrián, admitiendo sin vacilar su proposición. Sobre todo Iniestra quedó como descargado de un peso enorme, y le estrechó la mano con efusión.

Se designó para la salida la hora de las once en punto.

La horadación que había practicado Adrián y sus compañeros de guerrilla en el muro, era suficiente para que pudiera pasar un hombre, y por allí salieron el Presidente y los ministros, mientras que en la puerta de la casa estaban el coche y los criados y ordenanzas, como si todo siguiera tranquilo en el interior.

Cuando Iniestra vió salir al último por el agujero del corral, se fué al mesón á reunirse con sus soldados. Libre ya del estorbo de los ministros, dió orden de que se ensillara á las tres de la mañana. El sabría abrirse paso en el evento de que Landa, que tenía poca caballería, quisiera salirle al encuentro.

Para que menos sospechara el enemigo el movimiento que se estaba practicando, mandó que unos seis hombres hicieran un pequeño tiroteo, pequeño porque no había parque, el cual sirvió para introducir alarma en el campamento de Landa.

El grupo que formaban el Presidente y sus ministros, escoltado por diez hombres, era de llamar la atención,

principalmente por el ruido que metían las cabalgaduras. Adrián iba con el ojo alerta, y á la escasa luz de las estrellas, observó un bulto en una bocacalle cuando se traspasaban los últimos corrales de la población. Picó su caballo en aquella dirección y vió que era un hombre montado que había corrido.

Entonces volvió á reunirse con los suyos y les dijo:

—Preparen sus fusiles porque creo que vamos á tener un encuentro.

Acababan de alistarse, cuando se oyeron los tiros que disparaban los soldados de Iniestra.

—Esos no nos importan, se oyen lejos. Vayan tres por delante de descubierta. Y los designó.

Adrián no sabía si el peligro surgiría por vanguardia ó por retaguardia, é iba y venía para estar listo donde se necesitara.

Al extremo del callejón que estaban pasando, apareció un hombre montado, que gritó:

—¿Quién vive?

Adrián se adelantó y contestó con voz robusta.

—¡Constitución!

—¡Alto!

—¡Adelante! gritó Adrián á los suyos, y dirigiéndose al Presidente y los ministros, agregó:

—Señores, un momento: vamos á desembarazarles el camino.

Aparecieron como doce hombres montados, casi el mismo número de los de Adrián, porque éste tenía ocho suyos y un mozo también armado de los Supremos Poderes, eran nueve, con él se hacía un total de diez.

En el acto en que el grupo de Adrián á su voz de

mando tomó el galope, los que esperaban hicieron fuego con sus pistolas. Entonces Adrián dijo á los suyos:

—¡Un tiro solamente y al machete!

Así se hizo. Cada cual apuntó y disparó lo mejor que pudo y pasándose la pistola á la mano izquierda desenvainaron los sables y se lanzaron sobre el desconocido grupo de contrarios, de los cuales tres ó cuatro tomaron la huida al ver el ímpetu con que eran atacados.

El combate fué rápido. En un instante se vió caer á uno de los del grupo de Adrián y á dos de los enemigos que estaban ya reducidos á seis.

—Vámonos, comandante, dijo una voz en el momento en que ya no se oía más que el ruido de las espadas.

—Váyanse ustedes, yo no me voy, contestó el comandante.

La voz fué conocida por Adrián.

—¡Pedro! exclamó.

—¡Ah! conque es el aborrecido Adrián el que me ataca, gritó Pedro echando chispas por los ojos.

Pero en aquel momento caían dos más de sus hombres y otros dos echaban á correr. No quedaba más que él con dos de sus compañeros.

—Vámonos, comandante, insistió uno de ellos, después arreglaremos cuentas.

Los tres hombres estaban rodeados por los nueve de Adrián, quien había dado orden de que se suspendiera el ataque.

—Pedro, dijo Adrián tranquilamente, puedes irte. No me conviene ahora ni matarte ni llevarte prisionero.

—¡Vámonos matando los dos! aulló Pedro.

—Desarmen ustedes á esos hombres, ordenó Adrián á los suyos.



El combate fué rápido.

Los tres estaban tan rodeados, tan oprimidos, que no pudieron hacer resistencia.

—Ahora váyanse ustedes, son libres.

—Te juro que me la has de pagar, se fué diciendo Pedro con rabia.

Adrián volvió y dijo al Presidente:

—Podemos continuar: ya no hay peligro ninguno, ni lo habrá en toda la noche

—Gracias, contestó el Presidente estrechando la mano á su salvador.



El Presidente constitucional interino de los Estados Unidos Mexicanos y sus ministros á la ciudad de Guadalupe y á la nación
Por falta de constantes oficiales no podemos por lido dar conocimiento al público de la situación que nos habia creado el desbandamiento de las fuerzas que en los cuarteles de Saltillo sostenían la constitución y el orden local. Los datos después de recibida una comunicación

El día de hoy de interinidad nuestro relato o de hacerlo más difícil, hablando de acontecimientos que se destruyeron con tanta rapidez, no hicimos más de los documentos notables que se publicaron después de la libertad del señor...
Mientras que espere el día que estuvo al cargo de la bandera blanca en el consulado de aquella nación, y es el siguiente...